

El agua se lleva la tristeza

El viento se burla de los árboles y les roba las últimas hojas. Contento, se lleva su premio lejos, dejando las ramas desnudas ante un día bastante frío. La niebla baja impide ver el sol y las yemas tempranas no se atreven a seguir creciendo, no sea que vengan nubes cargadas de nieve y descarguen con furia sobre ellas. Desde una ventana cercana, él las contempla y también la fluidez del agua, unos metros más allá. Le parece que las aguas bajan más bravías.

Con esta estampa invernal, un sentimiento de tristeza le invade, el del último ¡Adiós! Si pudiera volver atrás lo borraría.

Fue hace un par de semanas, poco antes de Navidad. Ante su sincera mirada, todo lo que callaba desde hacía días, como un río de lava incandescente salió, de forma explosiva. No podía seguir ocultando ni simulando que todo iba bien cuando no era así.

Anochece; con el plato de las uvas en la mano, a punto de dar la bienvenida al nuevo año, empieza a no verlo tan claro. Sin ese adiós, podían estar compartiendo ese momento, en vez de estar solo en el salón de casa. Quizá se precipitó, quizá fue un egoísta y solo pensó en él mismo. Aquello era importante para ella y no logró entenderlo.

Quedan unos minutos para los cuartos. Deja un momento el plato con las uvas en la esquina de la mesa bajera y echa un vistazo rápido a la pantalla de su teléfono móvil por si hubiera algún mensaje, en realidad, por si ella hubiera escrito algo, pero no. Ahora, calcula, estará ya en una isla del otro hemisferio haciendo lo que más quería, poner sus conocimientos a disposición de los que allí los necesiten. Solo entonces, se da cuenta de que esa isla pilla demasiado lejos y por primera vez admite que la echa de menos. Va a teclear algo, pero se da cuenta de que escribirle un ¡Feliz año! a estas alturas no tiene ningún sentido, seguramente ni siquiera le llega.

Suena el primer cuarto, deja el móvil sin ningún cuidado en el sofá, donde también están olvidadas las gafas que usa para ver la tele, y coge el plato con las uvas. De forma automática, se mete una tras otras, hasta que, con el sonido de la última campada, intenta tragar de golpe las cuatro o cinco que le quedan en la boca. Es el momento de pedir un deseo y duda, entre tres o cuatro, que en definitiva se resumen en volver a estar con ella.

He sido un completo idiota, se dice, y por enésima vez pide volver atrás en el tiempo. De nada servía que le hubieran ascendido en el trabajo, que su vida estuviera resuelta, si no tenía con quien compartirla.

Ella había confiado en él en todo momento. Le había hablado de lo que aquel proyecto significaba: permitiría la llegada de agua potable a una región muy necesitada. El agua, un bien que muchas veces no apreciábamos, pues con solo abrir el grifo, estaba a nuestra disposición, para ellos era una necesidad no cubierta. Aquella desaladora acabaría con muchas enfermedades y mejoraría sus vidas. Sabía lo que había luchado por aquel proyecto, por hacerse con él, por conseguir financiación y apoyo institucional, los desvelos que había tenido durante noches y ahora que tenía tan cerca su meta y precisaba de él su comprensión y apoyo, él le había dicho que no.

- Estoy cansado de esperar - le había respondido.
- Esta será la última vez. Dame cuatro meses.
- No, ni uno más.

Ese no ahora le pesaba en el alma. En la televisión suena una canción que le hace salir de sus pensamientos, *All you need is love*. A ella le encantaba y rememora la última vez que la escucharon juntos. Un sentimiento de tristeza le invade, Zoe estaba radiante esa noche. En ese momento suena su teléfono. En la pantalla ve un número no identificado.

¿Quién será a estas horas y en un día como este?, se pregunta.

Deja que suene, pero el que llama sigue insistiendo. El número desconocido sigue reflejado en la pantalla y al final, optar por descolgar. Está a punto de ser borde, cuando, en ese momento, escucha la voz de ella al otro lado de la línea y en su rostro se refleja una mueca de perplejidad.

- Feliz año.
 - ¿Zoe? Pero este número... y tú estás en...
 - No hay tiempo para explicaciones ahora. Por favor, ¿puedes venir?
- Él permanece mudo.
- Estoy en el aeropuerto, el avión tuvo que volver.
 - ¿Por la lluvia?
 - Cogeré un vuelo la próxima semana - dice ignorando su pregunta -, si todo se soluciona. Ven, por fa, en una noche como esta no sabía a quién llamar. Luego te lo cuento todo.
 - Voy - dice, tras unos segundos, todavía mudo por la sorpresa.

Al colgar y dirigir accidentalmente la vista al plato vacío de las uvas, al tiempo que se ata las deportivas, piensa que quizá su deseo se cumpla esa misma noche. Tiene un trayecto de cuarenta minutos para pensar qué decirle y pedirle perdón por haber sido un estúpido. Mientras atraviesa la ciudad, con tráfico bastante fluido y lloviendo con furia a ratos, se da cuenta que algo ha aprendido. Esta vez dejará su egoísmo a un lado y será su cómplice en esta aventura.